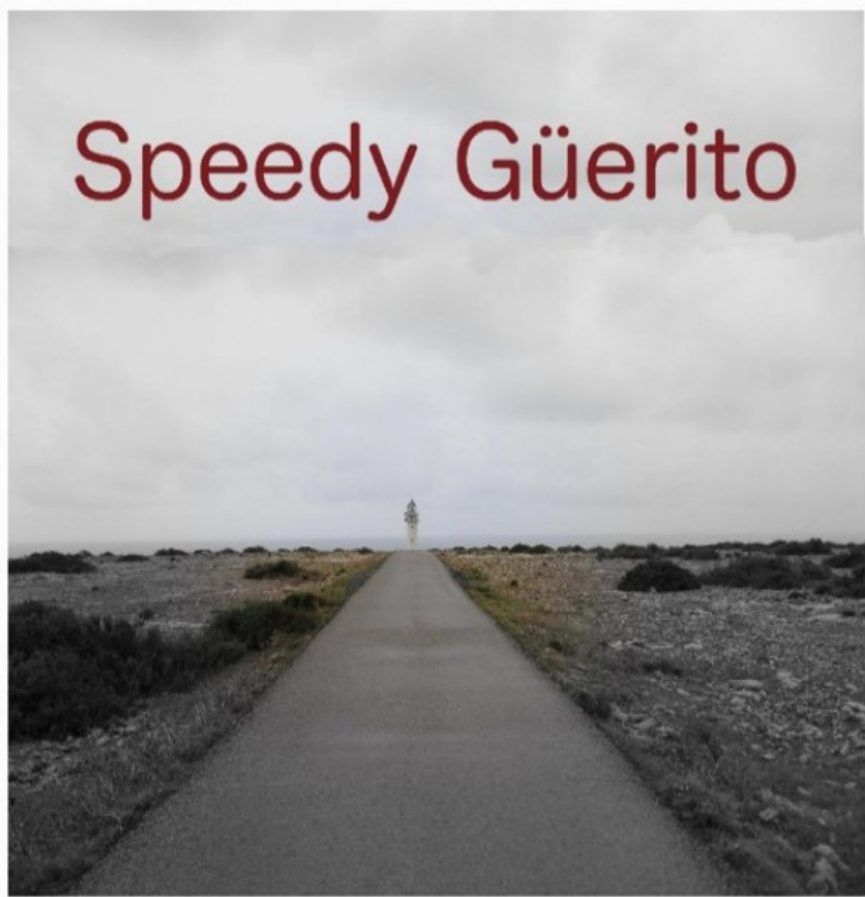


Speedy Güerito



Javier Lozano

Si llegué a Batimala fue porque creí que allí terminaban todos los caminos y ello se avenía con mi estado de ánimo.

Sobre el papel, el dato era irrefutable. En el mapa, la ruta se despeñaba desde la alta sierra retorciéndose sobre profundos barrancos. Una línea pintada de rojo al principio, de amarillo más tarde, hasta llegar al tramo blanco, una pista sin asfalto que moría en Batimala. Luego, nada. Ningún camino iba más allá. Batimala era el final, el lugar en el que sólo podrías quedarte para siempre o volver sobre tus propios pasos.

Era invierno helado e inhóspito en la Sierra Madre y tenía ya las manos agrietadas de correr contra el viento. A las noches dormía junto a una llameante estufa de queroseno en un vano intento de caldear el cuartucho del hotel en que me hospedaba. Por la mañana, me levantaba con un fuerte dolor de cabeza. Desayunaba huevos revueltos, tortillas, frijoles, algo de fruta y mucho café ligero. Luego me echaba a la calle.

Todos los días lucía el sol. La atmósfera era transparente y el paisaje poseía una belleza desolada. Montañas de piedra blanca manchadas de pinares interminables, todo bañado por una luz amarilla, irreal, cegadora. Bajo las rocas claras se ocultaba algún resto de nieve helada. Los pinos llorones vencían sus agujas hacia

el suelo como si apenas pudieran soportar el peso de la vida. Los miraba y pensaba si en mí se estaría dando una transformación similar, si en mi rostro podría leerse la medida de mi desamparo.

Me alejaba del pueblo por cualquier camino y corría. Corría sin pensar en nada, concentrado en el ritmo de la respiración y en el movimiento de mi cuerpo. Inspirar, expirar, inspirar, expirar. Alzar una rodilla, utilizar el pie contrario como apoyo y repetir inmediatamente el movimiento con las piernas cambiadas. Una máquina perfecta que cumplía su labor con eficiencia. Una máquina tan eficaz que no admitía ningún pensamiento ajeno a su función.

Mi cuerpo iba entrando en calor a pesar del aire helado que me raspaba los pulmones. Olía fuerte a resina. Sólo se escuchaba el canto de pájaros invisibles y el rumor de las ramas agitadas por el viento. En las semanas que llevaba corriendo, apenas había hecho otra cosa desde que llegué a México, se me había endurecido el cuerpo y había perdido peso. Cada vez necesitaba más esfuerzo para conseguir la frágil paz que me concedía la fatiga. Trataba de atravesar el umbral invisible del cansancio a partir del cual te domina la sensación de poder seguir indefinidamente, porque esa esperanza gobernaba mi ánimo: correr, sólo correr, no hacer nada más.

Llevaba una semana en aquel pueblo de la Sierra Madre y empezaban a reconocirme. *Mira, ahí va Speedy Güerito*, escuché decir a un vecino mientras me señalaba con un gesto de cabeza. *Speedy Güerito*. Para ellos era el loco que corría. En Mexico le dicen güero a los rubios y mi

pelo, como mucho, podría considerarse castaño. Claro que es bien diferente del cabello muy negro, espeso y liso habitual en las gentes de estas tierras. Tal vez llamándome así subrayaban mi condición de extranjero. También aquí estaba fuera de sitio. Comencé a pensar que se acercaba la hora de marcharme.

Fue en aquel momento cuando reparé en el pequeño cartel pegado en la puerta de una cantina: *Batimala, di adiós al invierno, el calor del trópico a sólo cien kilómetros*. Allí, descendiendo de la alta sierra y acercándose al mar, a cubierto del hielo y la ventisca, se encontraba Batimala. Un sitio tan bueno como cualquier otro, me dije. Busqué la ruta en el mapa, analicé el recorrido y entonces imaginé que Batimala era el lugar donde morían todos los caminos. Y fue por eso que me puse en marcha al día siguiente.

* * *

Partí de madrugada y llegué a Batimala al mediodía. Como afirmaba el cartel, eran tan sólo cien kilómetros, pero el viaje duraba casi cinco horas. Desde la Sierra Madre, una vez acabado el asfalto, descendimos por barrancas vertiginosas, encadenando una curva tras otra. El conductor parecía conocer el camino de memoria y no reducía la velocidad ni en los giros más cerrados, a los que la furgoneta entraba levantando una nube de polvo. Debajo de nosotros, el vacío. Miré al resto de pasajeros y sus rostros reflejaban indiferencia. Algunos miraban por las ventanillas y otros dormitaban con los ojos cerrados a pesar de las sacudidas del vehículo. Imaginé que el viaje

respondía a los parámetros habituales y que la sensación de que nos jugábamos la vida en cada curva era tan sólo fruto de mi inexperiencia.

Al llegar a Batimala estaba cubierto del polvo del camino. Al frío de la sierra lo había sucedido el bochorno del trópico. Había sudado mucho con el calor y la humedad del tramo final y se me había adherido a la piel una película de tierra rojiza. Con la mochila a mis espaldas, recorrí diversas callejuelas hasta encontrar un pequeño hotel en el que dejar mi equipaje. Después de ducharme y ponerme ropa limpia, tomé un bocado -la calorina me había quitado el apetito- y salí a caminar.

El pueblo de Batimala colma un estrecho valle abierto por el río caudaloso y de aguas turbias que le da nombre. Nació como enclave minero. Hacía ya un par de siglos, fueron famosas sus minas de plata que atrajeron a trabajadores de medio mundo y con las que se enriqueció sin medida un puñado de familias. Aún conservaba antiguas mansiones, bastante deterioradas, que daban noticia de aquel pasado esplendoroso.

Caminé junto al curso del río hasta las afueras y continué más allá, donde terminaba el caserío. La pista transcurría paralela al cauce, pero enseguida se reducía a un camino de herradura. Desaparecían las montañas y se abría una plácida llanura cubierta por la espesa vegetación del trópico. Proseguí hacia adelante acompañado del rumor de un agua cada vez más remansada. Tres horas más tarde me rendí a la evidencia: apenas cabía duda de que el sendero seguiría por la ribera del río hasta su desembocadura. Siempre hay

caminos que llevan más allá. Cada cual debe decidir dónde y cuándo detenerse.

Descansé un rato antes de regresar. Hacía un calor cargado de humedad y sentí un ligero mareo. Pensé que no me había adaptado bien a los cambios tan bruscos de clima y altitud.

Cuando llegaba al pueblo, anocheció de repente, como si algún gigante cósmico hubiera bajado de golpe el telón. Las luces mortecinas alumbraban a duras penas las calles. En la esquina de una plaza encontré un sitio para cenar. El comedor era amplio, un rectángulo espacioso con mesas y sillas de gruesa madera de pino claro. Yo era el único comensal y antes de elegir dónde sentarme ya lo había visto en medio de la pared principal, presidiendo la estancia. La fotografía era de gran tamaño, casi dos metros de ancho. En blanco y negro, la pareja, un hombre y una mujer de alrededor de cincuenta años sacados de medio cuerpo, sonreía a la cámara. El hombre, gruesas gafas de pasta, bigote fino, el pelo espeso peinado hacia atrás, dentadura immaculada... tenía un asombroso parecido con cierto escritor latinoamericano. La mujer... ¡La mujer era mi madre! Mi madre con esa sonrisa, la de aquella noche en el hospital. Esa sonrisa que nunca olvidaré. La paz que iluminaba su rostro era inconfundible, aunque la de la fotografía fuera más joven que mi madre en aquel día.

Me quedé clavado mirando la foto. Dudé si era un sueño. Todo a mi alrededor tenía el peso de lo real: el roce áspero de la madera, el olor a cera y tortillas de maíz, las voces que llegaban desde alguna estancia cercana. Elegí mesa y me senté frente a la fotografía.

¿Podía haber dos personas idénticas? ¿Sería tan sólo otra trampa de la memoria? Recuerdos que creía sepultados bajo las capas de olvido que me había esforzado en verter sobre ellos pugnaban por abrirse paso.

La mesera acudió a tomar nota y cortó mis pensamientos. No pude evitar examinarla: no tenía el menor parecido con la mujer de la foto. Si era, como parecía por sus modos, la dueña del local, era inexplicable que la imagen de la señora que ocupaba el lugar de honor de la estancia no tuviera ningún rasgo familiar con ella. ¿Quién colocaría la foto de una desconocida presidiendo el salón?

La carta era escueta. No esperaban muchos clientes esa noche. Encargué nopales guisados, gorditas de sesos y una cerveza. Se retiró la mesera y volví a refugiarme en mis pensamientos. Me quedé inmóvil, mirando girar las hélices del ventilador que colgaba del techo. El aire traía ecos del pasado.

Mi madre. Hijo único. No llegué a conocer a mi padre. Toda la infancia en torno a una sola persona. Aunque crezcas, aunque te hagas adulto, ella sigue siendo casi todo tu pasado, la mayor parte de tus referencias, y no podrías explicar lo que eres sin recurrir a su figura. Jamás te habías imaginado que pudiera desaparecer tan pronto.

La verdad es que ya se había marchado años antes de morir. Su cuerpo se había ido convirtiendo en una carcasa vacía en la que ya no habitaba ella. El físico, aun afectado por el deterioro que inflige el dolor, seguía

siendo reconocible, pero dentro no quedaba huella de lo que fue.

La sonrisa de aquella noche en el hospital es el único recuerdo a rescatar de aquellos años sombríos en que mi madre se fue poco a poco borrando.

No fue de golpe. Tampoco fue una pérdida lineal en que una pequeña parte de su memoria, de su identidad, se fuera desvaneciendo cada día para no volver ya. Fue más bien como las sombras en el bosque. Dependiendo de la posición del sol, se iluminan unas zonas mientras otras quedan en penumbra, pero luces y sombras van cambiando de lugar a lo largo del día, son diferentes incluso cada minuto. Los recuerdos se perdían, regresaban y volvían a desaparecer. Nunca se pisaba suelo sólido. Era todo tan inseguro, tan doloroso...

Ella sufría. En los comienzos fue consciente de lo que le estaba pasando, se mostraba nerviosa, irritable, cada vez más confusa. Después llegó la depresión, la falta de ánimo, la impotencia para enfrentarse al monstruo que la devoraba. Hasta llegar al momento terrible en el que me saludaba con una sonrisa y me preguntaba a mí, a su único hijo:

-¿Y tú quién eres?

La batalla de la memoria estaba perdida. Yo prefería pensar que en su saludo afectuoso aún se guardaba alguna brizna del cariño que sintió por mí. Me obligué recordar por los dos.

Carecía de la menor autonomía. Necesitaba alguien a su lado las veinticuatro horas del día. Lo peor eran las noches, cuando se despertaba intranquila y no comprendía quién era y dónde estaba. Pese a todo, me

resistí a internarla en una residencia. Rosa y las niñas, aún tan crías, asumieron su parte de la carga. Cada mañana la enviábamos a un centro de día. Cada mañana las mismas preguntas, las mismas despedidas, los mismos besos angustiados antes de subir a la furgoneta.

La mesera cortó el hilo de mis pensamientos. Traía, con mucha parsimonia, una bandeja con el botellín de cerveza y un vaso de grueso vidrio azulado. La dulzura de su acento me dio valor para preguntarle por la fotografía.

-No podría decirle, señor. Me enoja no saber ayudarle. Para mí ha estado ahí desde siempre. Hace tiempo que regento el local y así fue desde un principio - su sonrisa se hizo más amplia y comenzó a darse la vuelta. -Lo siento, señor, ahorita mismo le traigo los nopales.

Tomé un trago de cerveza, luego otro más, pero ya no podía detener los recuerdos. Me sequé el sudor y miré de nuevo al ventilador: el pasado parecía flotar al ritmo pausado del movimiento de sus aspas.

Mi madre estaba en el centro de día cuando le dio el primer ictus. Me llamaron a la agencia. Para cuando llegué al hospital, ya había sido ingresada, dormía, y Rosa estaba con ella. Al parecer, el derrame había sido leve y, aunque sólo el tiempo mostraría al detalle sus consecuencias, pensaban que se recuperaría bien. Por si acaso, mientras permaneciera ingresada era conveniente que alguien estuviera todo el tiempo a su lado. Nos organizamos y me encargué del turno de noche.

Aquella noche estaba muy intranquila. Llegó la hora de apagar las luces y el hospital quedó en un silencio vigilante, roto de vez en cuando por sonidos mitigados

tras la puerta cerrada: pasos del personal de servicio, ruido metálico de carritos de suministros y algún murmullo quedo de gentes que andaban por los pasillos. Mi madre daba vueltas en la cama y no acababa de dormirse. Me senté a su lado y la cogí de la mano.

Así estuvimos largo tiempo. La acariciaba y le dirigía algunas palabras lo más suaves y calmas que era capaz, pero nada servía para apaciguarla. Al contrario, cada vez estaba más agitada y comenzó a intentar levantarse de la cama. Al principio traté de disuadirla. Siguió y siguió insistiendo, hasta que pensé que no había más remedio que ceder a sus deseos. La ayudé a levantarse sin que se desprendiera el gotero y la senté en una silla junto a la que yo ocupaba. Estábamos solos en la habitación del hospital. A pesar de la oscuridad, gracias a las luces de emergencia y a la claridad que se filtraba por debajo de la puerta, acababas por ver lo que estaba a tu alrededor con cierta nitidez. Mi madre movía la cabeza mirando perpleja a un lado y a otro. No comprendía qué le pasaba, dónde estaba, ni quién era aquel sujeto que la acompañaba. Mostraba su desconcierto repitiendo una y otra vez la misma cantinela:

-A juzgar por lo que alcanzo a comprender... -y terminaba la frase en un murmullo ininteligible.

-A juzgar por lo que alcanzo a comprender, parece... -y sus palabras iban perdiendo volumen hasta que no se alcanzaba a oír el final.

Intenté tranquilizarla. Traté de hablar con ella, pero no estaba en condiciones de escuchar y se aferraba a la frase como si fuera una plegaria:

-A juzgar por lo que alcanzo a comprender... A juzgar por lo que alcanzo a comprender...

Continuó largo tiempo repitiendo su mantra, hasta que, de repente, ocurrió: calló un momento, me miró a los ojos y aquella sonrisa iluminó su cara. En un instante se transformaron todos los músculos de su rostro, se relajaron y compusieron una imagen bien diferente. Se quebró la máscara de pesar y olvido que la ocultaba y, debajo de ella, surgieron de nuevo los rasgos de mi madre. Aquella sonrisa la inundó de paz, la trajo de vuelta. Y yo creí leer en ella, necesitaba hacerlo, tantas cosas imposibles: que me reconocía, que había recuperado de golpe su pasado, que hallaba refugio en mi compañía... No sé qué pudo pasar por su cabeza, pero estoy seguro de que por unos segundos volvió a ser feliz, recobró la calma, se reconcilió con ella misma y con el mundo.

Lo cierto es que se tranquilizó al momento, la ayudé a meterse de nuevo en la cama y se quedó dormida enseguida. Lo cierto es que se despertó a la mañana siguiente, me miró y me preguntó una vez más *¿y tú quién eres?*

Tomé otro trago de cerveza y miré atentamente a la mujer de la fotografía: el parecido era increíble. Me sequé el sudor de la frente y suspiré.

Entró la camarera trayendo el guiso de nopales. Lo colocó delante de mí:

-Sigue usted mirando el retrato. Tampoco son los anteriores dueños. Lleva años colgado ahí. Es linda la parejita, como de otros tiempos.

Le di las gracias y le pedí por favor que lo dejara correr, que no se molestara más. Pensé que no tenía sentido seguir dándole vueltas tan sólo porque esa mujer se pareciera a mi madre. Pero los recuerdos habían desbordado los diques, iba a ser complicado encerrarlos de nuevo tras las compuertas.

A los pocos meses volvió a repetirse el ictus, esta vez sin esperanza. El pronóstico, al que conseguí acceder gracias a la ayuda de una amiga que era médico del hospital, lo decía con brutal claridad: *infausto en breve*. Sólo cabía esperar a que -en poco tiempo- llegara el final y nuestro empeño estaba limitado a que sufriera lo menos posible.

De nuevo la blanca tristeza de los hospitales. Compartíamos habitación con otro paciente, un señor de unos cincuenta años con una pierna escayolada. Mi madre permanecía inconsciente, la boca abierta y desencajada, respirando con enorme dificultad. Aunque no hubiera leído el informe médico, eran evidentes en ella los signos de agonía.

Envié a casa a Rosa y a las niñas y me quedé junto a su cama. No podía hacer nada y era seguro que mi madre no era ya capaz de enterarse de lo que ocurría a su alrededor, pero no pude dejarla morir sola.

Fue una noche de espanto. La respiración trabada de mi madre a través de la boca entreabierta, cada vez más débil, dejando escapar un gemido que por momentos parecía de angustia. El tiempo detenido, cada minuto interminable resbalando por las manecillas del reloj. Desde un principio, la acompañante del lesionado, supongo que su señora, contemplaba a mi madre con

aprensión. Es difícil contemplar los ojos de la muerte. Y aquella mujer veía en mi madre la encarnación del horror. No conseguía apartar su mirada de ella, su cara convertida en caricatura del miedo. Así, callados, un segundo tras otro, la respiración agónica oyéndose de fondo, el terror dibujado en el rostro de la señora de al lado, toda una noche que parecía no tener final.

A la mañana siguiente pasó la médico de guardia a hacer su visita de rutina. Llegó repleta de patético entusiasmo, como si esparcir puñados de ánimo a su alrededor fuera parte obligada de su trabajo. Sin molestarse ni tan siquiera en comprobar que su optimismo impostado se sustentara en lo posible, ponía su empeño en aparentar que todo iba bien en el mejor de los mundos.

-¿Cómo estamos? -se forzaba a hablarle a mi madre, aunque era evidente que no podía oírlo-. Mejor que anoche, más descansada ¿verdad? Poco a poco vamos mejorando.

A los pocos minutos, tras el último estertor, se consumó el fallecimiento. Quedó absolutamente inmóvil, se mudó su color en segundos. Una sola mirada a aquel cuerpo que yacía inerte bastaba para comprender que se había producido un cambio radical en su naturaleza. Con el aliento final había escapado la vida y ahora era tan sólo un amasijo de pellejo, carne, sangre y huesos en el que no moraba nadie.

Al instante, la mujer de al lado salió gritando al pasillo, reclamando a voces sus derechos, como si mi madre tuviera la culpa de haber muerto. Pero dejémoslo aquí, mejor no reabrir heridas. Parece tan difícil que nos dejen morir en paz...

Volví a observar la fotografía y mi mirada se detuvo después en el giro de las aspas del ventilador. El movimiento parecía fundir todas las hélices en un único cuerpo compacto. Pasaba igual con los recuerdos, llegaban juntos como olas de una misma tempestad.

Para cuando murió mi madre, Elena había empezado ya a trabajar con nosotros. Recién terminados sus estudios, vino a hacer su periodo de prácticas. La pusieron a mi lado, aunque debía moverse por los distintos departamentos de la agencia publicitaria para *conocer globalmente el desempeño de la empresa*, le dijeron. Se ajustaba más a la realidad considerar que su labor consistía en echar una mano aquí y allá y ejercer de chica de los recados de cualquiera que lo necesitase.

No pretendo establecer ninguna relación entre ambos hechos y mucho menos considerarlos causa y efecto. Los seres humanos sentimos una necesidad imperiosa de ordenar el mundo, de encontrar leyes que expliquen lo que nos ocurre y lo den coherencia bajo nuestra mirada. Establecemos con enorme facilidad relaciones e implicaciones que nos tranquilizan, importa poco que sean falsas. Bien, es probable que en aquellos meses estuviera yo más vulnerable, fuera más receptivo ante cualquier cosa que me recordase que la vida seguía. Pudiera ser, pero aquello pasó porque tenía que ser así. Ningún porqué explica la herida de lo que nos sucede.

Elena no me impresionó el día en que la conocí. Atractiva, sin llegar a ser una belleza. Cuerpo duro, fibroso, trabajado. El rostro me pareció tallado en granito, de una hermosura de acero que reflejaba su rígida disciplina. La nariz respingona, un punto infantil,

contrastaba vivamente con el resto de sus rasgos, como la promesa de que si alguien conseguía derribar la muralla tras la que se ocultaba, hallaría territorios más dulces. Recuerdo que pensé -esa estúpida vena poética- que brillaba en la oficina como el resplandor de una flor de piedra.

La fui conociendo poco a poco. Me pareció una persona interesante, con opiniones propias y la rara virtud de saber escuchar. Te hacía partícipe de pequeñas confidencias con naturalidad, sin atosigar, y se mostraba interesada por cualquier cosa que contases. Conseguía de ese modo que todo el mundo se sintiera cómodo a su lado. Jamás alzaba la voz ni era presa de esa histeria tan habitual cuando se trabaja bajo estrés. Si acaso, era demasiado seria: no se permitía ni un comentario frívolo y verla reír era prácticamente imposible.

Eso chocaba en una agencia de publicidad, cuando el humor se ha convertido en ingrediente casi obligado de cualquier campaña, cuando las relaciones entre los creativos se plasmaban frecuentemente en feroces competiciones por ser el más ingenioso y soltar la frase más brillante o el juego de palabras más audaz. Yo procuraba mantenerme al margen de esos torneos y puede ser que en esos momentos empezara a fijarme más en ella porque escuchaba con atención sin tan siquiera sonreír. Eso la hacía aún más sugestiva: era distinta.

Cuando, una vez acabado el periodo de prácticas, el director le propuso seguir a prueba con un contrato temporal, me pareció una buena idea y me agradó que la incluyera en mi equipo para que se fuera formando, ya

que -me dijo- tenía madera para llegar a ser una excelente creativa y parecía que nos llevábamos bien.

Y no voy a negar que halagó mi vanidad que, el primer día que empezó a trabajar conmigo, me dijera:

-¡Vaya suerte, estoy segura de que voy a aprender mucho a tu lado, tienes tanto que enseñarme...!

Trabajando juntos era inevitable que llegáramos a cierto grado de conocimiento mutuo. Elena era tan joven, tan decidida, tan exigente consigo misma y con los demás, que despertaba en mí un punto de ternura. Me pareció el prototipo de mujer en perpetuo camino de perfección. Esa clase de mujer tan abundante en las últimas décadas que se somete a unas exigencias desorbitadas: ser guapa, culta, competente, ingeniosa, amante irresistible, madre total si tiene hijos... La mejor en el trabajo, en la familia, en las relaciones sociales... Una auto exigencia que convierte sus vidas en una lucha sin tregua, en una carrera de obstáculos cada vez más elevados que ellas mismas se encargan de levantar.

-Mira, Elena -llegué a decirle cierto día- ya sé que me vas a hablar del techo de cristal, del sobreesfuerzo que tenéis que hacer las mujeres para demostrar lo que valéis... Bien, pero creo que deberías vivir más tranquila y no tomártelo todo tan a pecho. No existe la perfección absoluta. Si alguien la consiguiera alcanzar, el resultado parecería artificial, no sería humano y eso mismo lo haría imperfecto.

-No soy perfecta -me respondió sin siquiera esbozar una sonrisa. Me mantuvo unos instantes la mirada y luego continuó con su trabajo sin añadir nada más.

Volvió la mesera ahora con el segundo plato, unas gorditas de sesos que me parecieron apetitosas aunque se me estaba quitando el apetito. Intercambiamos unas cuantas fórmulas de cortesía -sí, los nopales estaban excelentes; no, no demasiado picantes; todo bien, gracias- y volvió a retirarse.

¿Cuándo y cómo comenzó? Es difícil saberlo con exactitud. Si hubiera prestado mayor atención a los pequeños detalles, las señales no me habrían pasado desapercibidas: el desaliento cuando no acudía a esa comida de trabajo, el vacío que sentía cuando apenas había cruzado palabra con ella en todo el día... Luego empecé a estar más y más confuso. Pensar en ella se fue haciendo obsesivo. Cuando se acercaba, me temblaban las rodillas, sentía la boca seca y hablaba confusamente, aterrorizado ante la posibilidad de soltar cualquier tontería. Una explosión química devastadora, un enamoramiento de adolescente que me hizo sentirme estúpido y preguntarme si la crisis de los cuarenta no estaba siendo cruel en exceso conmigo.

Pese a todo, no di ningún paso. *El enamoramiento, pensé, es siempre pasajero, sólo hay que esperar lo suficiente para que vuelva la normalidad, no puedo tirar por la borda todo lo que Rosa y las niñas significan para mí.* Además -no voy a hacerme trampas en el solitario- había otra razón de peso para no intentarlo: la pretensión de que alguien de la edad y el encanto de Elena mostrara el menor interés hacia mí me parecía ridícula. Tenía la mitad de años que yo.

En aquellos días seleccionaron a concurso en un prestigioso festival publicitario un anuncio mío: la

promoción del fiambre de pavo de una conocida marca. Había que vender el producto ligándolo a la vida saludable. Mi trabajo no era demasiado original. La campaña, dirigida a un público femenino, sugería que el simple consumo del embutido las convertía en parte de un colectivo de mujeres estupendas de mediana edad: listas, guapas, modernas, interesantes... Mujeres actuales que exigen la igualdad, que están decididas a sacarle jugo a la vida y miran más allá de la familia y los niños. Y, como no podía faltar, todo ello aderezado con toques de humor sin caer, por supuesto, en la estridencia.

Habíamos acudido a la ciudad en donde se celebraba el festival un buen puñado de creativos de la agencia con el director a la cabeza. Era una fiesta del sector que servía para establecer relaciones, analizar tendencias, recoger -o directamente plagiar- ideas y hacer negocios. Elena vino con nosotros. Era su primera vez y estaba emocionada, miraba a su alrededor intentando no perder detalle. Aunque nuestro anuncio estaba nominado, no dejó de ser una sorpresa que nos concedieran el tercer premio. Tuve que subir al escenario y pronunciar unas torpes palabras que, al menos y como dato a mi favor, fueron breves.

Esa noche salimos a celebrarlo. Acabamos de madrugada, de copas en un local nocturno. El grupo había ido menguando y al final, no sé bien cómo sucedió, sólo quedamos Elena y yo tomando lo que debía ser el último trago.

-Buena parte del premio es tuya y no sólo por lo que hemos trabajado juntos -le dije-. Así te imagino yo dentro

de unos años, no te voy a negar que has sido mi fuente de inspiración.

Elena no dijo nada. Acercó su cara mirándome a los ojos y me besó en la boca. Un beso apretado, ansioso, su lengua buscando con urgencia la mía.

Así fue la primera vez. Pasamos juntos la noche en la habitación del hotel de aquella ciudad de provincias. Apenas pegamos ojo, con el rumor amortiguado del mar como música de fondo. No sé lo que significó para Elena, pero yo me sentía flotar. ¡Era todo tan irreal y tan embriagador! La locura del enamoramiento correspondido, la extraña emoción de sentir por un instante que posees todo lo que deseas en la vida.

No se lo conté a Rosa. No pretendo justificarme: fue una decisión que creí racional y tomada con la intención de no hacerle daño. *Nadie puede sufrir por algo que ignora*, pensé. *Esto pasará y, si no llega a enterarse, para ella será como si nunca hubiera sucedido*. Eso me dije y traté de convencerme de mis propias razones, aunque no sé si lo conseguí.

No puedo escarbar más en ese pasado. Todavía necesito mirar los sucesos de esos meses desde la distancia, verlos como un paisaje oculto tras la bruma, intuir formas sin distinguir los exactos perfiles y las dimensiones. Recordar detalles me sigue resultando demasiado doloroso.

Dieron a Elena un puesto fijo en la empresa. El director me dijo que esa chica tenía un futuro brillante. Su futuro lo era, sin duda, pero nuestra relación era ya pasado. A los pocos días rompió conmigo. No me dio

ninguna explicación ni yo se la pedí. Simplemente que no, que se había terminado.

Asimilé como pude el golpe, traté de convencerme de que era capaz de encajarlo. No sé si lo hubiera conseguido de no recibir nuevas sacudidas, pero esa misma tarde, al volver a casa, me llegó el segundo impacto.

- ¿Cómo has podido? -me dijo Rosa en cuanto entré por la puerta.

Me bastó con mirar su cara para saber de qué estaba hablando.

-Eres un cerdo hijo de puta. Después de quince años. Lárgate ahora mismo. Las niñas se quedan conmigo, no parece que ellas tampoco te importen demasiado.

No fui capaz de pronunciar palabra. Me di la media vuelta, metí en una maleta lo imprescindible y me marché a casa de un amigo que se prestó a proporcionarme cobijo.

Al día siguiente dejé el trabajo. Necesitaba tomarme un tiempo para aclarar mis ideas y tratar de encontrar algún sentido a lo que sucedía. Tenía que volver a encajar las piezas del puzzle. No estaría entre ellas Elena. Tampoco Rosa, que lo había sido todo para mí y cuya ausencia en mi vida se me hacía difícil de imaginar. Ya no vería a mis hijas crecer día a día y tenía que reconstruir un espacio para ellas. Con cuarenta y pocos años arrastraba el peso de demasiados finales.

Me fui sin decirle ni una palabra a Rosa y ese silencio me abrasaba. Me empeñé en pensar que tal vez hubiera valido cualquier cosa para demostrarle que

seguía siendo el de siempre y me concediera otra oportunidad.

De haber conseguido hablar, no sé qué le hubiera dicho. El fuego del enamoramiento lo distorsiona todo. Sólo se alcanza a ver lo real cuando las llamas se han apagado y se puede escarbar entre sus cenizas. Yo no he tenido tiempo. No soy capaz de sopesar qué ha significado Elena en mi vida, más allá del dolor agudo que me produce su recuerdo. Sé muy bien que lo hecho, hecho está, y ninguna disculpa puede remediarlo. Es fácil pedir perdón, pero tan sólo en algunas religiones se borra con ello la mancha. Lo sucedido no se sometió a mi voluntad y por eso ni tan siquiera me queda el consuelo de la culpa, ni el alivio de pensar que estoy recibiendo el justo castigo a mis actos.

Hace miles de años, nuestros ancestros se irguieron sobre sus cuartos traseros, alzaron la cabeza y levantaron la vista para poder observar mejor los peligros que ocultaba la sabana africana. Muchos siglos después, aquí seguimos, intentando ver más allá. Y tan sólo alcanzamos a percibir que las líneas de nuestra vida se dibujan sobre el caos. Sin pretenderlo acabamos haciendo daño a quienes más queremos.

Estuve un par de semanas en casa de mi amigo. Cada día le mandaba algún mensaje a Rosa preguntando por las niñas. Sabía que no estaba dispuesta a hablar conmigo, pero no me negaba información sobre ellas. Yo tenía un inmenso deseo de verlas y esperaba estar pronto preparado para saber qué decirlas.

Una noche mi amigo me trajo noticias de la agencia:

-He estado con un compañero de trabajo tuyo. Me ha contado que Elena va lanzada. Se ha hecho ya cargo de tu sección. Ha presentado la última campaña que preparasteis, la de ese cuatro por cuatro, con un éxito rotundo. Y mira, todo a su nombre, no ha tenido el detalle de incluirte en los títulos.

-Me da igual -le contesté-. Siempre he sabido que era una mujer ambiciosa y eso forma parte de su encanto. Además, he roto para siempre con el mundo de la publicidad. Espero saber ganarme la vida de algún otro modo.

Me miró y estuvo un rato en silencio, como si sopesara alguna duda, como si calibrara la conveniencia de callar o seguir hablando. Movi6 la cabeza, respir6 profundo y luego continu6:

-Mira, qu6 quieres que te diga, apostar6 diez contra uno a que ha sido la propia Elena la que le cont6 lo vuestro a tu mujer.

Al d6a siguiente mand6 un recado a Rosa. Le explicaba que necesitaba tiempo y que me iba lejos. Que les pasara, por favor, mis mensajes a las ni6as y que me informara por el mismo medio sobre ellas. Que sab6a que no quer6a hablar conmigo, pero que, a mi vuelta, tendr6amos al menos que poner en claro lo de la custodia.

Me vine a M6xico. As6 naci6 *Speedy G6erito*, el loco que huye de su sombra, la sombra que huye de lo que ha sido. El hombre que corre para escapar de sus recuerdos, sabiendo desde un principio que es imposible, que nunca podr6 hacerlo tanto tiempo y tan r6pido como para dejarlos atr6s. El extranjero que agota su energ6a en la carrera sin l6mite hasta ser alcanzado por su pasado, justo

aquí, en Batimala, en el lugar en el que pensó que terminaban todos los caminos. Ahora se había hecho demasiado tarde. Algo en mi interior me decía que los días de *Speedy Güerito* tocaban a su fin.

Llamé a la mesera y pagué la cuenta. Dejé atrás la casa de comidas, la foto de la sonrisa, el ritmo pausado del ventilador, tanto recuerdo cruel. Salí a la calle.

Caminé hasta la orilla del río. En el otro lado no había edificios y, por encima de las copas de los árboles, se dibujaban las siluetas de las montañas. No había luna y estaba muy oscuro. Sobre el negro, unos puntos de luz en movimiento: en la noche cálida del trópico ardían las luciérnagas voladoras.

Me pareció que el brillo de una era mucho más intenso que el de las demás. Clavé mis ojos en ella y traté de diferenciarla de las otras. Describía unas extrañas líneas: ascendía en vertical, permanecía unos segundos suspendida y descendía después describiendo bucles, alternativamente a uno y otro lado. Pero siempre retornaba al punto de partida y entonces subía y bajaba con un movimiento ágil, como dibujando la flecha que indicara una ruta celeste. Pensé que algo en su vuelo era distinto, que su danza estaba cargada de sentido. Y que bailaba sólo para mí.

¿Qué trataba de decirme? Me llevó tiempo decidir que señalaba un camino y que me invitaba a ir tras ella. Supe desde ese mismo instante que no había escapatoria, que no podría resistirme a su llamada. No tenía certeza de si hacia la vida o hacia la muerte, pero esta vez debía seguirla hasta el final.